

Los jesuitas en Puebla

Palou García, Pedro Ángel

2015-03-12

<http://hdl.handle.net/20.500.11777/576>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

LOS JESUITAS EN PUEBLA (APUNTES PARA UNA REFLEXIÓN)

Para “Tacho” de la Torre

Pedro Ángel Palou García *

Desde que el Santo de Loyola descubriera el psicoanálisis al sistematizar su práctica mística en la redacción de sus *Ejercicios Espirituales* estaba claro que a la orden le sería connatural dedicarse a la enseñanza, a la formación –palabra en desuso, tristemente hoy que la tarea de la educación parece limitarse al intercambio banal de información– y a las formas más elevadas de apostolado: evangelizar y propagar la fe (más allá de la contrarreforma).

Recuerdo bien que el lema del colegio de los jesuitas en Puebla, colocado en el escudo, decía *militia es vita* (la vida es lucha) y que en ese ejército civil que generación tras generación se venía formando esa idea del combate corría pareja con otra acaso más importante: servir a los demás.

En una época de gran compromiso histórico la llamada opción por los pobres del Padre Arrupe no significaba un viraje en las ocupaciones de la orden sino un regreso al espíritu de su fundador. Y esto me permite adentrarme en los tres puntos que, creo, caracterizan y significan la enseñanza jesuítica: la vocación de servicio, el espíritu crítico y el énfasis en la autoformación (y por ende en lo que ahora se llama educación continua).

* Escritor. Secretario de Cultura del estado de Puebla.

Servir no es sólo un lema, es una vocación. Es una idea que se convierte en filosofía de vida, en razón de ser. No se trata de la humildad franciscana (a veces máscara de vanidades) sino de utilizar todos los recursos (intelectuales, emocionales, físicos) al alcance para los demás, para los otros. Y eso implica prepararse de la mejor forma, como un atleta de alto rendimiento, para servir con talento y con capacidad a los demás. Ser mejores para ser de los otros, acaso la mejor estrategia para enfrentarse ahora, también, al siglo XXI, al siglo de las identidades, donde el valor de lo propio fortalecerá los lazos con lo ajeno.

Y en ese sentido la disciplina (los estudiosos de la educación lo llaman, pomposamente, educación integral) jesuítica, basada en el más amplio de los rigores con la mayor de las amplitudes sigue siendo una vía, quizá una de las más privilegiadas, para ese encuentro con uno obligatorio para brindarme a la comunidad. Pienso que el espíritu crítico, la vocación de juicio de quien se forma en una institución jesuítica —ni se diga de un jesuita— es su condición humana ya, una camisa que no puede quitarse nunca más. Y tiene sus riesgos, en un mundo acrítico, uniforme, pretendidamente unilateral, apostar por la multiculturalidad, por la multiformidad, por las opciones de lo plural tiene riesgos que hay que asumir. Así, una universidad como la Iberoamericana Puebla que llega a su joven cumpleaños número veinte, se convierte en el espacio privilegiado para lograr tal empeño, el más sólido y también el más difícil de lograr. Pienso ahora en una escena de *Annie Hall*, de Woody Allen. El protagonista sale a la calle, deprimido, recién separado, con el mayor espíritu crítico a cuestas —es judío, y los jesuitas son los únicos que se hayan cercanos en capacidad reflexiva a los judíos en occidente— se topa a una pareja de hermosos y atléticos jóvenes. Los entrevista: ¿por qué son felices? La mujer responde: porque somos idiotas. El hombre dice: yo ni eso entiendo. *Fade out*.

Aún a riesgo de complicarse tremendamente la vida porque pensarla la torna compleja, quien egresa de esta universidad no es un licenciado más, es alguien fundamental para la sociedad, quien sabrá cuestionarla y aportará soluciones de mejora. Que se me perdone la hipérbole: si llega a la felicidad la suya será, en definitiva más plena, más amplia, no la de los idiotas sino la felicidad del filósofo, la socrática.

En ese mismo sentido es que una universidad como la Ibero conmina a sus alumnos y a sus docentes a esa capacidad de aprender a aprender que hoy llamamos autoformación o formación continua. Un jesuita –o alguien formado por un jesuita– sabe que la vida es un continuo aprendizaje, lucha y servicio para alcanzar la mayor de las libertades en el reino animal, la libertad del pensamiento, única libertad del ser.

Ínsula extraña ésta, porque el conocimiento así entendido no tiene nada de fáustico –no es saber por saber ni se le aplica vía negativa la divisa alquímica: *altum non sapere*–, es un saber vivir que parte de la pregunta del oráculo, la verdadera pregunta ética, no quién soy sino cómo me responsabilizo de mí y de los demás: como se debe vivir (hoy, mientras nos llenamos de neokantianos y sobre todo de utilitaristas de cepa esa pregunta es la fundamental, e implica regresar a Aristóteles y a la reflexión sobre la responsabilidad ética).

Por mientras una propuesta de método: no pienso luego existo, sino atiendo, luego existo (la atención, virtud básica de los Ejercicios y de las Constituciones, podría ser la mejor manera de regresar a san Ignacio), presto atención, luego soy. Siempre con los otros, siempre para los otros.